

► JUICIO A GÓMEZ DE LIAÑO / LOS TESTIGOS ◀

Garzón dice que Gordillo y Gómez de Liaño mienten y éste se querrela contra él

Afirma que la fiscal Márquez de Prado comentó que debían acabar con el felipismo

AGUSTIN YANEL

MADRID.— El juez Baltasar Garzón criticó ayer con dureza a su colega y ex amigo Javier Gómez de Liaño, a la esposa de éste (María Dolores Márquez de Prado) y al fiscal Ignacio Gordillo, cuando declaró en el Tribunal Supremo como testigo. Tan graves fueron sus acusaciones, que el magistrado Gómez de Liaño anunció que va a presentar contra Garzón una querrela por calumnias y una denuncia por falso testimonio.

Pocas veces, probablemente nunca hasta ahora, se había vivido en la Sala Segunda del Supremo una escena con tanta tensión: Garzón contestaba, como testigo, a las preguntas de la fiscal Márquez de Prado; ésta actuaba como abogada defensora de su marido, el juez Gómez de Liaño, sentado a su derecha; los tres habían sido grandes amigos hace dos años, en la Audiencia Nacional, y ahora ni siquiera se dirigen la palabra.

Gómez de Liaño, a quien se está juzgando por tres supuestos delitos de prevaricación que habría cometido cuando investigó el caso *Sogecable*, dijo el lunes que Garzón le acusó de ser «demasiado débil» por no haber encarcelado a Jesús Polanco y a los demás querrelados en ese asunto, todos ellos dirigentes de la televisión de pago Canal Plus. Eso motivó una pregunta de Márquez de Prado, y una rotunda respuesta de Garzón: «Esa conversación no existió», aseguró.

Pero Garzón no se quedó ahí, sino que narró con detalle las conversaciones que mantuvo con Gómez de Liaño sobre la querrela de este asunto, que le correspondió investigar por reparto. Y en ese momento se produjo la primera de sus sorprendentes revelaciones. «Volviendo de desayunar Gómez de Liaño, usted y yo, usted comentó: "Van a tener que hacer el paseillo por las escalinatas de la Audiencia Nacional" [en referencia a los directivos de Sogecable, cuando tuvieron que ir a declarar]. Y usted añadió: "Vamos a hacer la revolución judicial de la Audiencia Nacional, para acabar con este sistema corrupto y con el felipismo».

Márquez de Prado esbozó una sonrisa, que no pasó desapercibida a Garzón: «Sí, sí, lo tengo anotado, no sonría», comentó él.

Ayudar a un compañero

Garzón también negó que él hubiera intentado ayudar a los querrelados (en contra de lo que han declarado Gómez de Liaño y el fiscal Ignacio Gordillo), o que tuviera mucho interés en este caso. «En absoluto», dijo. «Si había algún interés era que mi compañero [Gómez de Liaño] no se diera de bruces en el suelo».

Con total rotundidad, y en un tono que aparentaba enfado, Garzón concretó las siete conversa-



El juez Baltasar Garzón, ayer, al llegar al Tribunal Supremo.

Con testigos como Baltasar Garzón no hacen falta jueces. Su testimonio fue una auténtica deposición. La memoria, esa gran manipuladora, hizo sangre. En los juicios, las viejas confidencias entre amigos corrompen la amistad y aunque sirvan al tribunal se convierten en felonías porque con frecuencia las cosas que parecían eminentemente dignas de un hombre justo cambian de naturaleza y toman carácter opuesto. Lo escribe Cicerón en *Los deberes* y se confirmó dos mil años después, en Las Salesas, cuando Baltasar Garzón, testigo de la defensa se sentó como testigo de cargo. Un inédito Garzón, taciturno, vengador, sucedió a aquel Garzón heteróclito. Se nota que ya se mueve en las alturas, que se ha cansado de ser mito, quiere ser sólo hombre de poder. «Desde hace algún tiempo las galerías donde se cruzan los más profundos navajazos son para Garzón lugares no desconocidos», pensó con piedad en sus *Pasos Perdidos* Javier Gómez de Liaño.

Los dos astros de la judicatura se conocieron en el año 1988. Garzón venía del servicio de inspección del Consejo General del Poder Judicial. «Un encargo de verdugillo», me contó esta mañana al oírlo un ilustre abogado. Y el propio Liaño escribe en su libro que cuando Carmen Tagle le echó el ojo a Baltasar lo caló. Vio su afán de relumbrar y su «neurosis por ocupar el

ciones personales y las cuatro telefónicas que él mantuvo con Gómez de Liaño después de que llegara el caso *Sogecable*.

Márquez de Prado.— ¿No es cierto que, en mi despacho, usted dijo que los directivos de Sogecable estaban muy preocupados?

Garzón.— No es que no quiera recordar esa conversación, es que lo que usted está diciendo es falso, es mentira. Y usted lo sabe.

A preguntas de Horacio Oliva, abogado de Polanco, Garzón dijo que, el día que la Audiencia anuló el secreto que Gómez de Liaño había mantenido sobre el caso, fue a verlo para darle ánimos.

Lo encontró muy alterado y, según explicó, Gómez de Liaño le dijo: «La Sala [que revocó el secreto] ha prevaricado. Bacigalupo [uno de los magistrados que ahora le juzgan] y Auger [presidente de la Audiencia Nacional] están al sueldo de Prisa, hacen dictámenes para ellos». Garzón le dijo que esas acusaciones eran una barbaridad, y que si no citaba su fuente no podía decir eso.

También indicó que Gómez de Liaño pidió por teléfono al fiscal Ignacio Gordillo que solicitara por escrito la continuación del secreto sumarial, que es uno de los delitos por los que ha sido procesado.

En respuesta a otras preguntas, el juez Baltasar Garzón dijo que es normal decretar el secreto sobre una investigación, y que un juez también puede adoptar medidas cautelares como impedir que un imputado salga de España sin su permiso, tal y como hizo Gómez de Liaño con Polanco. Esos son dos de las acusaciones contra Gómez de Liaño.

Los tres mosqueteros

RAUL DEL POZO

primer lugar de la Creación». Pero el juez que se sienta en el banquillo ha sentido durante muchos años por Garzón una debilidad cercana al deslumbramiento.

Yo los conocí una noche en pleno enamoramiento en casa de Ribalta. Cantaba Paco Ibáñez y los dos parecían la espada de fuego frente a terroristas de Estado, narcotraficantes y rufianes. «Ni mi padre ni María Dolores llegaron nunca a fiarse de Baltasar». Aunque Liaño se dio cuenta de que el halago lo anestesiaba y soñaba con marchas triunfales y con coronas de laurel no dudó de su lealtad. El 3 de septiembre de 1997, Baltasar Garzón consumó lo que ahora ve Liaño como un claro intento de destruirlo: el auto en virtud del cual resolvió la recusación planteada por Juan Luis Cebrián. «Garzón fue el que evitó que Cebrián declarase ante mí como Polanco lo había hecho meses antes».

Esta es la historia de tres amigos, a los

Felipe González, «regenerador» de encinas

MADRID.— En respuesta a una de las preguntas que le plantearon ayer, el juez Garzón elogió la buena mano que, al parecer, tiene el ex presidente Felipe González con el cultivo de los árboles, y no sólo los famosos bonsáis de La Moncloa.

Garzón dijo que en la primavera de 1993, cuando acudió a una finca del Icona llamada Los quintos de Mora, donde el entonces presidente del Gobierno le *fichó* para que se presentara a las elecciones generales en la lista del PSOE, Felipe González estaba allí «regenerando encinas, que es algo que hace muy bien».

También hizo varias referencias a la teoría de la supuesta conspiración de hace unos años, entre algunos jueces, el PP y varios medios de comunicación, para desbancar al PSOE del Gobierno.

Dijo que una vez advirtió a Gómez de Liaño de que tuviera cuidado con el abogado Antonio García Trevijano, «porque era una persona con la que había que tener cuidado».

También desveló que no quiso asistir a una cena organizada por el periodista Jaime Campmany (quien presentó la primera denuncia sobre Sogecable). Le llamaron para que acudiera, junto con Gómez de Liaño, con la fiscal Márquez de Prado y con el juez Joaquín Navarro, pero puso una excusa para no acudir.

Después, el juez Navarro le dijo: «Menos mal que no has ido, porque ha sido absolutamente alucinante. Ellos [Gómez de Liaño y Márquez de Prado], dijeron que tenían que autoinmolarse».

que veíamos salir a tomar café en los telediarios: María Dolores Márquez de Prado, Javier Gómez de Liaño y Baltasar Garzón. Estaban acorralados por los asesinos emboscados y los difamadores profesionales. Eran los mosqueteros. No tenían vocación de casta, se entendían en el lenguaje de la democracia y no en el argot arcaico de la Justicia.

Pero luego pasaron cosas atroces. Liaño ofendió a Garzón, y cuando ayer, Garzón se sentó en el estrado, rompió la ley del silencio y de la amistad. Dijo que María Dolores era la urdidora del Motín del Caine. Preparaba, según él una revolución para acabar con Prisa y con el PSOE. Largó que Javier comentó que Bacigalupo estaba a sueldo de Prisa. Dijo también que el sumario de Sogecable estuvo lleno de irregularidades. «Era una barbaridad». Al final de la sesión me dijo María Dolores: «¿Por qué nos odiará tanto? ¿Cómo ha podido decir esa gilipollez de que yo pensaba inmolarme por el triunfo de la Justicia?»

Garzón contó lo que hablaban en comidas particulares. La Justicia seguía sorda e inexorable, con los ojos tapados, pero en los ladrillos de mármol del Tribunal Supremo quedaban pavesas de lo que un día fue una bandera para dignificar la Justicia. La venganza, una especie de embriaguez, rompió las leyes de la educación y de la decencia; otra vez vimos las tripas del Estado.